

Perfil de Alejandro Sanvisens, filósofo y pedagogo (1918-1995)

Hace unos meses —el día 7 de abril de 1995— murió en Barcelona, a la edad de 76 años, el profesor Alejandro Sanvisens Marfull, catedrático y decano honorario de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Barcelona, y que durante años estuvo vinculado al Instituto Filosófico de Balmesiana y a su revista *Espíritu*.

Licenciado en Filosofía y en Derecho, autor de una tesis doctoral sobre el médico-filósofo español Andrés Piquer, Sanvisens siguió los pasos de la denominada Escuela Barcelonesa de Pensamiento, representada en el siglo XIX por autores como Balmes, Martí de Eixalá, Llorens y Barba y Torras y Bages, y en el actual siglo, por filósofos de la talla de Ramón Roquer, Francisco Mirabent y los hermanos Tomás y Joaquín Carreras Artau, de los cuales fue colaborador en la Universidad y en el Consejo Superior de Investigaciones Filosóficas.

Prolífico escritor, profundo humanista, sabio enciclopedista de talante amable y tolerante, amigo de la conversación y del diálogo, autor de una extensa y variadísima bibliografía, Sanvisens fue uno de los asiduos colaboradores de la *Enciclopedia de la Religión Católica*, publicada entre 1950 y 1956 por la casa Dalmau y Jover, y para la que redactó más de 650 artículos de corte filosófico, histórico y pedagógico. Secretario de una de las comisiones del Congreso Internacional Balmes-Suárez, organizado en 1948, publicó ese mismo año un trabajo sobre las «Fuentes bibliográficas de la doctrina filosófica, apologética y social de Balmes», incluido en el *Catálogo de la Exposición bibliográfica balmesiana* organizada con motivo del primer centenario de la muerte del insigne filósofo catalán. También es de esta misma época su monografía sobre *Balmes y Barcelona* (1949), así como la edición de los *Autos Sacramentales Eucarísticos*, publicada en 1952 con ocasión del XXXV Congreso Eucarístico Internacional reunido en Barcelona.

Como él mismo reconocía, la impronta del magisterio de Tomás Ca-

rreras y Artau fue decisiva en su formación intelectual. Director de su tesis doctoral, de él aprendió, además de la concepción informal de la filosofía y de la pedagogía transmitida a través de la cultura sapiencial de la paremia y de la parénesis, su inclinación por las cuestiones éticas y sociológicas. Formado, pues, en el realismo aristotélico y en el gusto al sentido común —propio, por otra parte, de la escuela filosófica catalana—, Sanvisens mostró siempre una gran avidez por contactar con las más modernas e innovadoras corrientes de pensamiento, en especial la cibernética y la teoría general de sistemas.

A título de muestra baste recordar que a mediados de la década de los años cincuenta impartió diversas conferencias en la sede del Instituto Filosófico de Balmesiana sobre temas tan sugerentes como *Las máquinas de pensar y la teoría de la Abstracción* (1954) y la *Filosofía del Automatismo* (1955), preludio y anticipo de lo que fue más tarde su preocupación por la cibernética. Desde la misma tribuna de Balmesiana, el día 13 de abril de 1956 disertó sobre el *Criterio estético de Menéndez Pelayo*, con ocasión de conmemorarse el centenario del insigne polígrafo santanderino.

Algunos de estos trabajos —como el titulado «La trascendencia del automatismo»— fueron publicados en las páginas de *Espíritu* (vol. VIII, núm. 32, 1959). En esta misma dirección debemos recordar la versión, ostensiblemente ampliada y mejorada, que hizo del libro de G. T. Guilbaud, *La cibernética* (1956). Diez años más tarde, vertió al castellano la obra de A. David, *La cibernética y lo humano*, publicada por la editorial Labor. No en valde, Sanvisens fue invitado, en el verano de 1962, a visitar diversas universidades norteamericanas a fin de dar a conocer su concepción sistémico-cibernética.

La vinculación de Alejandro Sanvisens al Instituto Filosófico de Balmesiana y a su revista *Espíritu* perduró durante años, y sólo se vio trunca al ocupar el rectorado de la Universidad laboral de Tarragona. De hecho, Sanvisens ya colaboró en el primer número de *Espíritu* (1952), comentando ampliamente el libro de Juan Zaragüeta *Filosofía y vida. La vida mental*, crítica que completó el año siguiente al revisar la segunda parte de esa misma obra. También participó activamente en las sesiones públicas organizadas por Balmesiana, en el mes de mayo de 1955, sobre el desarrollo de la filosofía cristiana (véase *Espíritu*, vol. V, núm. 17, 1956). Asimismo, preocupado por la enseñanza de la filosofía, insertó en las páginas de *Espíritu* unas reflexiones sobre «Nacionalismo histórico y nacionalismo moderno. Una lección inoportuna en el Programa de Filosofía del Bachillerato actual» (núm. 27, 1958), artículo valiente y atrevido si consideramos las circunstancias políticas del momento.

Después de su rectorado, y una vez reintegrado a la docencia universitaria, Sanvisens se dedicó preferentemente al estudio de la pedagogía, si bien nunca olvidó su ascendencia filosófica. Ya en 1955 había disertado en el Instituto Filosófico de Balmesiana sobre la *Realidad y sentido de una filosofía de la educación*. No ha de extrañar, pues, que su pedagogía —Sanvisens siempre defendió la conveniencia y utilidad del término «pedagogía», frente a los constantes intentos de diluirla y deva-

luarla entre el magna de las diferentes ciencias de la educación— posea, a pesar de su predisposición a la tecnología ya a la cibernética, unas características inequívocamente filosóficas y humanistas que la alejan de cualquier posible reduccionismo mecanicista.

De esta manera Sanvisens articuló una teoría de la educación en sentido amplio, a manera de una auténtica pedagogía general, y también, como una pedagogía sistemática. Esta teoría aborda el estudio de las bases teóricas del hecho educativo, constituyendo así una verdadera pedagogía fundamental y propugnando la utilización indistinta de métodos discursivo-reflexivos y de métodos descriptivo-empíricos.

Así pues, su teoría de la educación —expuesta en diferentes lugares, por ejemplo, en su *Introducción a la Pedagogía* (1984)— se relaciona íntimamente con la filosofía de la educación, al realizar una reflexión sistemática sobre la educación como proceso, relación, actividad, sistema y como hecho humano, social y cultural. A su vez, la teoría de la educación se relaciona con la pedagogía en su dimensión empírica, normativa, práctica e institucional, precisando y delimitando las bases de toda actividad educativa.

Esta visión relacional de la pedagogía no puede desconectarse, por otra parte, de su enfoque sistémico-cibernético. La realidad —según esta concepción— es sistémica, es decir, está estructurada sistémicamente por la interrelación de los diferentes elementos que la integran. De esta forma, y tal como planteó Sanvisens en su libro *Cibernética de lo humano* (1984) y en contribuciones posteriores, la educación también es sistémica.

Así pues, según esta concepción sistémico-cibernética, la educación es, básicamente, un proceso: a) informativo-comunicativo; b) codificativo; c) regulador; d) optimizante; y e) evolutivo. La optimización que la educación persigue puede ser: 1) adaptativa, fundamentada en el *feed-back*; 2) proyectiva, basada en el control anticipatorio y el *feed-before*, y 3) introyectiva, articulada en el hecho de la conciencia. En efecto, la conciencia y la autodeterminación caracterizan las acciones humanas. El proceso educativo es, en última instancia, un proceso de conducción, de dirección de la conducta, que ha de respetar la personalidad y la libertad de las personas.

Fruto de esta concepción sistémico-cibernética fue su interés por las relaciones entre información y educación, y por la misma perspectiva educativa. En esta dirección publicó diversos trabajos, entre los que destacan: *Constantes y coincidencias pedagógico-sociológicas en la evolución cultural europea* (1969), *Información y Educación* (1987), *Prospectiva de l'educació i el seu currículum* (1988), *Importància de la documentació educativa* (1992), etc. Preocupado por la función social del pedagogo asumió el reto de diseñar las demandas científicas y sociales en el área de las Ciencias de la Educación (1987).

Pero Alejandro Sanvisens también cultivó otras líneas de investigación. Interesado por la sociología desde los tiempos que era ayudante de Tomás Carreras y Artau, catedrático de Ética y Sociología de la Universidad de Barcelona, Sanvisens se encargó de la adaptación —jamás

se limitó simplemente a traducir, sino que añadía, ampliaba y mejoraba en cuanto podía las obras originales— de la *Introducción a la Sociología* de Jacques Leclercq.

De igual modo, prestó atención al estudio de las relaciones entre el arte y la sociología, publicando reflexiones de calidad como aquella «Breve introducción a la Estética Sociológica», aparecida en *Convivium* (1956). Este mismo interés por la sociología, le llevó a tratar de diversos aspectos relacionados con la dimensión social y sociológica de la educación, obteniendo por oposición una de las primeras plazas universitarias de Pedagogía Social y Sociología de la Educación convocadas en España.

También la historia fue campo abonado para los trabajos del profesor Sanvisens. Motivado, desde su juventud, por el tema de los médicos-filósofos, profundizó en el estudio y conocimiento de autores como Andrés Piquer y José de Letamendi. Precisamente el año 1969 obtuvo el premio Letamendi, de la Fundación Letamendi-Forns, con un estudio sobre *La filosofía de Letamendi*. En los últimos tiempos había vuelto a sus orígenes, recuperando el hilo de las temáticas médico-filosóficas, redactando algunos artículos sobre la dimensión pedagógica letamendiana (educación social y educación física).

Gran conocedor —como sus maestros, los hermanos Carreras y Artau— del pensamiento de Ramon Llull, se ocupó en diversas ocasiones de la pedagogía del Doctor Iluminado. En este sentido todavía se recuerda el excelente curso que impartió en el Seminario de Filosofía de la Educación de la Universidad de Barcelona, el año académico 1986-87, sobre el pensamiento filosófico y pedagógico de Ramon Llull. Discípulo agradecido elaboró, a instancias de la Hermandad de San Narciso de Barcelona, un estudio biográfico —lamentablemente inédito— sobre la personalidad, la obra y la doctrina de su maestro, don Tomás Carreras y Artau.

Para Sanvisens la recopilación y catalogación de las fuentes documentales constituye una de las condiciones previas para la realización de cualquier trabajo científico. Por ello, muy posiblemente, sobresalió en el campo de la bibliografía y en el de la crítica literaria y científica. En efecto, Alejandro Sanvisens además de colaborar durante años en los volúmenes de *Bibliographie de la Philosophie* (París, J. Vrin) y de rastrear las fuentes bibliográficas de la filosofía balmesiana, participó activamente en la redacción de la revista *Perspectivas Pedagógicas* en la que desarrolló una importante tarea de crítica filosófico-pedagógica. También publicó amplios comentarios bibliográficos —Sanvisens jamás se limitó a las simples reseñas más o menos convencionales— en prestigiosas publicaciones como la *Revista de Filosofía*, *Tesis*, *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, etc.

Su vocación histórica compaginó sabiamente el gusto por las temas hispánicos con el amor a la propia tradición cultural catalana. En esto —como en tantas otras cosas— siguió el ejemplo de sus maestros. De hecho, se puede trazar un paralelismo entre las preocupaciones históricas de Tomás Carreras y Artau y las desarrolladas por el profesor Sanvisens. Sin ánimo de ser exhaustivos, significaremos algunos de estos

puntos de contacto. Si Tomás Carreras y Artau trató de Ramon Llull en *El llenguatge filosòfic de Ramon Llull* (1935) y en la *Historia de la Filosofía Española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV* (1939-1943), Sanvisens abordó la educación lulista y caballesca en diferentes lugares (*Textos Pedagógicos Hispanoamericanos*, 1968; *Pedagogia de Tirant lo Blanc*, 1991). También compartieron la pasión por la figura del Quijote que Tomás Carreras y Artau trató en *La filosofía del Derecho en el Quijote* (1905), y que Sanvisens estudió en *Defensa de don Quijote. Estudio y crítica de un concepto de la Educación Española* (1965). Americanista convencido, publicó *Del conocimiento y enseñanza de los Indios, según José de Acosta* (1991).

Personalidad afable y cordial, excelente profesor, jefe de los departamentos de Pedagogía Sistemática y de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona, decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación y de la Facultad de Pedagogía, siempre despertó gran admiración entre quienes tuvieron la suerte de conocerle y tratarle. Es lógico, pues, que prologase una cuarentena larga de libros y publicaciones. Muchos de sus discípulos demostraban así su agradecimiento y reconocimiento hacia el amigo y maestro que, por otra parte, no se limitaba a escribir unas simples palabras de compromiso, sino que confeccionaba auténticos estudios preliminares de una gran agudeza.

Su disposición y afabilidad, así como sus extraordinarios conocimientos, propiciaron que dirigiese más de una cincuenta de tesis doctorales que abarcan distintos ámbitos temáticos: de fundamentación filosófico-teorético, de fundamentación antropológico-psicológica, de sociología y pedagogía social, de cibernética y comunicación, de pedagogía comparada y de prospectiva y de carácter histórico.

Haciendo gala de una ejemplar entereza, Sanvisens trabajó hasta que su delicada salud se lo permitió. En los últimos años se responsabilizó de la edición española de la *Enciclopedia Internacional de la Educación*, coeditada en 10 volúmenes por el Ministerio de Educación y Ciencia y la editorial Vicens-Vives, entre los años 1987 y 1992. Paralelamente continuaba dictando conferencias y seminarios y orientaba y respondía cuantas consultas se le dirigían. A finales 1993, coincidiendo con su setenta y cinco aniversario, apareció uno de sus postreros estudios: *Relacions entre el cervell i la ment. Importància pedagògica*. En los últimos meses estaba preparando, junto a su hijo, una nueva edición del *Libro de las Bestias de Ramon Llull*.

Tomás Carreras y Artau afirmaba que el oficio del filósofo es, por naturaleza, una profesión libre que exige el diálogo y la colaboración. Añadía, además, que el filósofo es el educador por excelencia. Sanvisens cumplió con creces las exigencias de su maestro, demostrando en todo momento sus dotes de gran filósofo y de extraordinario educador.

DR. CONRADO VILANOU
Universitat de Barcelona